





CHARLAS CON DIOS  
EN CALZONCILLOS



Eduardo Chapunoff

CHARLAS CON DIOS  
EN CALZONCILLOS



Primera edición: noviembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eduardo Chapunoff

ISBN: 978-84-18958-68-7

ISBN digital: 978-84-18958-69-4

Depósito legal: M-31761-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Este libro está dedicado a mi esposa María Cristina  
por su amor y devoción sin límites*



## ÍNDICE

1 SU ARRIBO.....	11
2 EL ÁRBOL CAÍDO Y LA CONFESIÓN DE DIOS .....	19
3 DIOS COMIENZA EL DIÁLOGO CON AUTORIDADES RELIGIOSAS .....	25
4 LAS INDAGACIONES CONTINÚAN CON UN AGNÓSTICO Y UN PASTOR EVANGELISTA .....	41
5 DIOS COMPLETA EL SEMINARIO CON REPRESENTANTES DEL ISLAM Y EL BUDISMO.....	51
6 JUAN Y SUS CONFLICTOS MATRIMONIALES .....	59
7 LAURA INTENTA SEDUCIR A ROGELIO (DIOS) .....	63
8 UNA VISIÓN CONTROVERSIAL DE LA VIDA EN EL PARAÍSO.....	71
9 EL HIJO QUE NADIE QUISIERA TENER.....	77
10 DIOS BAILA EL TANGO COMO NINGUNO.....	83
11 DESPUÉS DE LA VELADA TANGUERA, LA BANDA DE DELINCIENTES.....	91
12 DIOS ATIENDE A SU RECEPCIÓN E INTERPRETA LA <i>FANTAISIE-IMPROMPTU</i> , <i>Op. 66, No. 4</i> DE CHOPIN ..	97
13 LA DOMA DEL POTRO POR DIOS, SIN ESPUELAS NI LATIGAZOS.....	101
14 LA ESPOSA HIPERSEXUAL EN ACCIÓN.....	107
15 UN GIMNASIO Y LAS PESAS.....	111
16 MIRIAM Y JORGE. CUALQUIER COSA PUEDE SUCEDER ENTRE UN SOBRINO Y SU TÍA .....	115
17 CONCURSO DE ACROBACIA AÉREA.....	125

18 UNA CONVERSACIÓN SIN PRECEDENTES .....	129
19 LA DESPEDIDA .....	141

# 1

## SU ARRIBO

Alta mar. Océano Atlántico, revuelto, violento, salvaje, implacable. El mar estaba fuera de sí, como un loco agitado. Más loco y despiadado que nunca. La tormenta era una de las peores de la historia y es posible que haya sido la peor. Aún más destructiva y asesina que la *tormenta perfecta*, también conocida como *la tormenta sin nombre* que afectó primordialmente la zona noroeste de los Estados Unidos en el año 1991. La altura de las olas superaban los diez metros (30 pies), y la velocidad del viento alcanzaba los 120 km/hora (75 millas por hora).

Tormentas más leves, cuyos vientos alcanzan la velocidad de 90 km/hora, son suficientes para hundir barcos de cualquier tipo y tamaño, deglutiendo a sus desesperadas víctimas, enviándolas al fondo del mar, con profundidades que pueden alcanzar los 3.000 metros.

Y entre tanta agua gigante, salada y maldita, cursaba una embarcación de tamaño promedio que usan los pescadores y el timón lo sostenía un hombre decidido a alcanzar la costa.

Cualquier barco hubiera sido aniquilado y, naturalmente, la persona que lo manejaba no hubiera podido sobrevivir. En este tipo de tormenta no sobrevive nadie con excepción de los peces. Pero este no era un ser humano común. La tempestad no alteraba su rostro.

Lo sorprendente no era solamente su increíble capacidad para superar el vaivén del oleaje infernal. Su mirada reflejaba una gran

tranquilidad y, a veces, hasta una leve sonrisa, como si estuviera divirtiéndose, seguro de que nada malo le ocurriría.

Evidentemente, nada, absolutamente nada, podía sucederle. Era inmune a la muerte y a cualquier daño físico. Ignoraba el miedo. ¡Era indestructible! Los truenos, los relámpagos y las olas gigantes gritaban como bestias descontroladas, pero el solitario navegante hacía caso omiso de ellas.

... Y la razón era simple: Este hombre, como de 50 años, con prolija barba y rostro sereno, la cabeza cubierta con una capucha y que tenía ojos que exudaban nobleza, suprema seguridad y confianza en sí mismo, no necesitaba brújula para llegar a su destino.

¿Cuál era su nacionalidad, profesión y estilo de vida?

Nadie pudiera pensar o adivinar quién este hombre realmente era. NUNCA, en la larga historia del mundo y a través de todas las edades, de todos los tiempos y contratiempos, existió un ser humano como él.

Es posible que lo que estaba ocurriendo calificara para una novela de ficción. Pero esta experiencia no era ficticia. ¡Se trataba de una realidad pura y concreta!

La imaginación más fantástica de los seres humanos tiene un límite. La realidad no lo tiene. Esta (aunque uno se quiera convencer de lo contrario), con frecuencia, supera a la fantasía.

¿Era todo esto una sorpresa? ¿Una única, excepcional, inconcebible sorpresa?

¿Y por qué no...? En nuestras vidas, cualquier cosa ocurre —buena o mala—... Y ocurre en cualquier momento y, con frecuencia, inesperadamente.

Cambios drásticos suceden en la fracción de un segundo.

Esta persona rodeada de misterio era nada más ni nada menos: ¡Dios...! Sí, era Dios, así como suena.

Hacia tiempo el Creador había proyectado viajar a la Tierra disfrazado de hombre. Sabía que su llegada causaría tumultos y crisis de proporciones incalculables y por eso decidió descender a nuestro mundo de la manera más reservada posible, seleccionando

a una sola persona que se transformaría en el recipiente de sus charlas y pensamientos y le permitiría observar y asimilar las ideas y acontecimientos humanos de una manera diferente, sin anuncios, discursos, periodistas o escandalosas entrevistas. Su intención era acercarse más a los terrestres, poder hablarles personal y directamente, escuchar sus dudas y conocer sus errores, sus infelicidades y desgracias, sus rabias contenidas, sus celos mórbidos, sus intenciones destructivas, amores sublimes y relaciones fracasadas.

Sabía a quién iba a encontrar. También era consciente de los problemas que se presentarían durante el proceso de su reconocimiento.

Continuó su agitado viaje en una embarcación relativamente pequeña hacia la costa de la provincia de Buenos Aires.

El huracán afectó la casa playera de Juan, pero sobrevivió a la tormenta. La utilizaba para descansar, pensar, relajarse y, sobre todo, alejarse de una esposa con la que tenía una traumatizante, desdichada relación. Además, un hijo de diez años estaba muriéndose de leucemia.

Juan caminó hacia la playa y contempló el horizonte oceánico que parecía no tener fin, cuando vio una embarcación que se estaba acercando. Lo que menos se le hubiera ocurrido es que ese barquito llevaba una carga tan preciosa. Él ciertamente ignoraba la persona que transportaba la embarcación, pero Dios sí sabía quién lo recibiría. Conocía sus excelentes calificaciones como psicólogo y que Juan era no solo muy inteligente, sino que estaba dotado de una gran sensibilidad y era honesto. Un tipo sin dobleces.

Dios tiró el ancla. Juan se acercó a la nave remando su bote para ayudar al inesperado tripulante.

**JUAN:** Hola. ¿Cómo está? Bienvenido. ¡Menos mal que sobrevivió a la tormenta!

**DIOS:** ¡Mil gracias por este cálido recibimiento...! Sí, tuve suerte...

**JUAN:** ¿Mi nombre es Juan y el suyo?

**DIOS:** Llámeme Rogelio...

**JUAN:** ¿Me puede decir de dónde proviene?

**DIOS:** ¡Oh! Claro que sí. Pero le diré los detalles en otro momento... si no le importa...

**JUAN:** No, está muy bien. Estoy seguro de que debe estar agotado por un viaje tan agitado... Vamos a mi casa, le daré ropa adecuada, la suya está empapada...

Llegaron a la casa playera. Era una vivienda ideal para descansar los fines de semana o apartarse del mundo. Los muebles eran sencillos, informales.

Entraron.

Juan lo invitó a sentirse cómodo...

**JUAN:** ¿No le importa si nos tuteamos? Usted me agrada mucho... Pienso que pudiéramos llegar a ser buenos amigos.

**DIOS:** Sí, claro que podemos tutearnos. Muchas gracias por tu ayuda. Espero que mi presencia no te cause inconvenientes.

**JUAN:** ... De nada... Me alegra que me acompañes. Estos días he estado muy solo. He tenido problemas personales serios. Cuando paso por estas crisis y los disgustos alcanzan un nivel tóxico, me siento acogido en este refugio. Para mí representa mucho más que una casa.

Rogelio, aquí te traigo un pequeño regalito. ¡Tus ropas están tan mojadas! Un par de pijamas y varios calzoncillos de colores...

**DIOS:** (Exclamando) Estos calzoncillos son los más lindos que he visto en mi vida... Aprecio mucho tu gesto.

Me da pena escuchar lo que recién me estabas diciendo... Deseo preguntarte: ¿a qué te dedicas?

**JUAN:** Soy doctor de Psicología y profesor universitario.

(Dios sabía esto, pero pretendió que lo ignoraba).

**DIOS:** ¡Magnífico! ¡Qué profesión tan hermosa has elegido!

**JUAN:** ¡Sí, lo es!

**DIOS:** El ser psicólogo, me imagino, te ayuda a solucionar conflictos emocionales con más facilidad que otras personas que no lo son.

**JUAN:** Eso, infortunadamente, no es así. Ciertamente ayuda a comprender los problemas mentales y emocionales mejor que la

persona que no alcanzó ese conocimiento, pero eso no significa que uno necesariamente encontrará la solución a sus conflictos. No es lo mismo tratar a un paciente que tratarse a uno mismo. Lo primero es mucho más sencillo.

**DIOS:** Es indudable que muchos psicoterapeutas están aún más enfermos que los pacientes que tratan.

**JUAN:** ¡Eso, en ciertos casos, es una gran verdad...! Rogelio, ¿puedo preguntarte? ¿De dónde vienes, a qué te dedicas? Y, sobre todo, ¿cómo superaste una tormenta en medio del océano, solo, y en un barco tan pequeño? Debes ser muy experimentado como navegante. Para superar una tormenta tan salvaje como la que atravesaste, hay que tener mucha habilidad y conocimientos.

De cualquier manera, debo confesarte: lo encuentro incomprendible. Hay barcos de gran tamaño, conducidos por gente muy experimentada que sucumben... Realmente, no le encuentro ninguna lógica a tu sobrevida. No interpretes mal lo que te digo. Me alegra enormemente que sigas viviendo. Pero nunca he visto o escuchado nada semejante... No lo entiendo y, por más que trato, mi razonamiento no me permite aceptarlo...

**DIOS:** Entiendo perfectamente lo que dices, Juan. Y tienes razón. ¡Pero no sé quién dijo que «hay razones que la razón no entiende».

Si no te importa, te contestaré esas preguntas en otro momento... Estoy cansado... ¿Te importaría si me fuera a dormir? Necesito reposar. ¡Fue un día demasiado agitado...!

**JUAN:** ¡Seguro! ¡Perdona mi insistencia...! Yo también necesito descansar. Antes de irnos a dormir: ¿por qué no comemos unas empanadas que hice yo mismo y nos tomamos un vinito?

**DIOS:** Eso me parece una genialidad. ¡Tengo mucho apetito! Las empanadas no tienen pasas de uva. ¿No es cierto?

**JUAN:** ¡No, a mí tampoco me gustan con pasas...!

**DIOS:** ¡A disfrutarlas, entonces...!

Se sientan a la mesa.

**DIOS:** ¡Estas empanadas son una exquisitez...! Juan, he notado tu tristeza. Si deseas compartir conmigo lo que tanto te afecta, no lo dudes. Tengo gran paciencia para escuchar. Hace muy poco que nos conocemos, pero el entendimiento entre dos personas no se mide por el tiempo que se conocen, sino por la afinidad que poseen. Eso está determinado al nivel celular. ¡Y tengo la impresión que nosotros la tenemos...!

**JUAN:** Estoy de acuerdo contigo, Rogelio, pero no quiero aburrirte con mis conflictos...

**DIOS:** No tengas pena. No puedo darte detalles en este momento, pero debo decirte que gran parte de mi tiempo ha sido dedicado a escuchar confesiones de mucha gente...

**JUAN:** ¿En serio? ¿A qué te dedicas?

**DIOS:** ¡Pronto te enterarás...! Es una larga historia... y muy particular. ¡Te la contaré a su debido tiempo...!

**JUAN:** ¡Bueno, ahora sí creo que estamos listos para acostarnos!

**DIOS:** Mil gracias por todas tus atenciones, Juan.

**JUAN:** De nada, Rogelio. Este cuarto es para ti. Espero que te sientas cómodo...

**DIOS:** Sin duda lo estaré... y que disfrutes de un lindo sueño...

**JUAN:** ¡Rogelio, estaría feliz si no tuviera una pesadilla! ¿Puedo decirte algo?

**DIOS:** Claro que sí.

**JUAN:** Estoy aprendiendo algo de vos. Disfrutas mucho las cosas simples. Quisiera aprender a hacer lo mismo. Hoy te he visto dichoso por comer un par de empanadas con vino tinto y, sobre todo, la alegría que te otorgaron unos simples calzoncillos de colores.

¡Uno se complica la vida con proyectos alambicados y con frecuencia acaba atrapado como un gato que quiso jugar con un ovillo de lana...!

Dios se sonrió... y dijo:

**DIOS:** Lo que dices es muy cierto... Uno hace muchas cosas que después no sabe cómo deshacerlas... Pero no te sientas mal: eso nos pasa a todos...

Buenas noches, Juan...

**JUAN:** Buenas noches, Rogelio...

Juan aún no sabía quién era el hombre con el que estaba compartiendo su conversación y su casa. Tenía, sin embargo, la impresión de que era un ser muy especial, de esos que uno encuentra pocas veces en el curso de la vida, y eso cuando uno tiene mucha suerte.

Antes de cerrar sus ojos y quedarse dormido y con su mirada focalizada en un punto que no existía, Juan siguió preguntándose:

«¿Quién es Rogelio realmente, a qué se dedica? Y lo más notable e incomprensible: ¿cómo pudo sobrevivir a una tempestad en el océano con un barquillo, ciertamente insignificante para las circunstancias que lo rodeaban... y sin heridas, sin el menor rasguño?». No había manera de responder esas preguntas. ¿Qué significaba todo esto, que lo imposible es posible...?

Agotado como estaba, no podía conciliar el sueño. Sus pensamientos lo acosaban.

Dios cerró sus ojos con una sonrisa. Los de Juan permanecieron abiertos por un largo rato, inmóviles, casi sin parpadeos, y reflejaban una profunda consternación.



## 2

# EL ÁRBOL CAÍDO Y LA CONFESIÓN DE DIOS

Dios y Juan pasaron la noche plácidamente, alternando sueños con los crujidos del viento que siguió al huracán. Por la mañana, las ráfagas parecían haberse calmado un poco y Dios salió del *refugio* para caminar y familiarizarse con los alrededores.

Estando como a una distancia de un kilómetro, la tormenta recrudeció y objetos de todo tipo comenzaron a volar. Esta situación es peligrosa: un coco que quiere hacer una travesura viaja a gran velocidad y si choca con el pecho o la cabeza de una víctima, es suficiente para matarla.

Grandes árboles, arrancados de sus raíces, se desplomaban aparatosamente.

Cerca de la casa existía un bosque con todo tipo de vegetación.

Juan notó que Dios no estaba en la casa y comenzó a buscarlo inquietamente, gritando «Rogelio, Rogelio, ¿dónde estás?», rogándole que se apurara para llegar a su casa lo antes posible. Temía un accidente. Y así fue: súbitamente, un árbol arrancó sus gigantescas raíces de las entrañas de la tierra. Se escuchó algo parecido al grito de una parturienta y el árbol brotó de la tierra nítidamente, tal como sucede con la extracción por un dentista de una muela impactada.

Cuando Rogelio encontró a Dios, el árbol recién se había caído sobre Él. Juan se estremeció. Solo vio un pie. Su congoja era ex-

trema, no podía aceptar el catastrófico destino de su nuevo amigo. Dios había quedado aplastado.

Se acercó para ayudarlo, pero el peso del tronco que lo cubría no permitía moverlo. No sabía qué hacer, cómo recuperarlo, cómo ayudarlo. Se sentía impotente para encontrar una solución. Estaban solos y Juan no tenía acceso a un teléfono celular con el que pudiera solicitar ayuda médica, llamar a los bomberos y traer grúas enormes para levantar esa enorme carga. Aparte, se dio cuenta de que ya era tarde. No había ninguna posibilidad de que Rogelio estuviera vivo.

¿Quién podría subsistir tal experiencia?

Entre ramas y hojas, Juan alcanzó a ver la cabeza de Dios (Rogelio).

**JUAN:** ¡Rogelio, Rogelio, si estás vivo aún, por favor, dímelo...!

**DIOS:** Sí, lo estoy, no te preocupes, estoy bien...

**JUAN:** ¿Bien? ¿Quién puede estar bien en esa situación?

**DIOS:** En unos segundos, ya verás cómo salgo de esta. Gira tu cabeza y no me mires por 30 segundos. Cuando yo esté listo, te lo haré saber...

Dios se sacó el tronco de encima sin el menor esfuerzo. Se incorporó sin haber sufrido ninguna lesión física. Sus manos despegaron de manera fina y elegante unas ramas pegadas a su cuerpo... y con una sonrisa y toda naturalidad le dijo a Juan:

**DIOS:** Estoy listo. Ya puedes verme nuevamente. Podemos irnos... Creo que necesito tomar un café bien oscuro y bien caliente...

Juan miró estupefacto a Dios. No pudo creer lo que estaba viendo. Estaba totalmente desconcertado.

¿Cómo *Rogelio* se liberó del árbol que tenía encima sin estar lesionado? Más aún: ¿cómo se explica que estuviera vivo?

Juan apretó sus sienes con ambas manos y luego frotó con ellas agitadamente su rostro, tratando infructuosamente de comprender lo incomprensible...

Vio a Rogelio, sonriente, sano y salvo... Juan tocaba distintas partes del cuerpo de su amigo tratando de verificar que no estaba

soñando y la posibilidad de sentir el crujido de algún hueso fracturado.

Como Juan es psicólogo, inmediatamente se autodiagnosticó una psicosis aguda, una desconexión total con la realidad. No cabía otra posibilidad. No podía existir o concebir otra posibilidad. La locura era lo único que tenía sentido y que todo lo explicaba.

**JUAN:** ¡Rogelio, por favor, ayúdame! Estoy enfermo, mentalmente enfermo. ¡Yo lo sé, soy especialista en la materia...!

**DIOS:** Juan, tranquilízate... Vos no estás mentalmente enfermo, pero entiendo que así lo creas. Estás observando algo muy especial, sin precedentes... ¡Pronto te lo explicaré!

Juan estaba abatido, desconcertado, pálido, tembloroso, convencido de que su mente se había caído en el abismo de una seria enfermedad mental.

Mientras tanto, el viento y la lluvia continuaban. Pero ahora era Juan el que no podía moverse. Sentía una gran rigidez en su cuerpo y su mente estaba en blanco.

Razonar ya no podía. Se sentó en una rama gruesa del árbol caído. Dios lo levantó gentilmente:

**DIOS:** Vámonos, Juan, no vaya a ser que se te caiga encima otro árbol. ¡El resultado sería diferente de lo que viste recién!

Juan continuaba teniendo un aspecto fantasmagórico y estado de *shock*.

Volvieron a la casa playera. Cuando caminaban, Dios sostenía uno de sus brazos porque temía que Juan se pudiera desplomar sin previo aviso...

**DIOS:** Tranquilo, Juan, ya verás que todo se arreglará. ¡Pronto te enterarás de qué es lo que ocurrió y por qué...!

Se dirigieron a la cocina.

**DIOS:** Juan, dime, por favor: ¿a dónde está la cafetera, el café y el azúcar...? Y también las cucharitas... A ver, a ver, sí, aquí las encontré... Siéntate y verás como un buen café te entona. Yo soy experto en hacer café. ¡Está mal que yo lo diga, pero me sale delicioso...! Perdona mi vanidad. Como ves, nadie es perfecto...

**JUAN:** Necesitaré más que un café para reponerme. Hay medicinas antipsicóticas que deberé tomar. Esta condición mía es muy delicada...

**DIOS:** ¡Verás que no es así! ¡La vida está saturada de sorpresas y lo que estás presenciando es una de ellas!

Escúchame tranquilamente, sin agitarte. Yo sé que es difícil para vos comprender lo que has visto, pero no tienes la culpa. Lo que estás viviendo es algo que ningún ser humano en la historia de la humanidad y desde que el universo fue creado ha experimentado. Nunca ha existido. Cuando te cuente la verdad, tu reacción será de total incredulidad y pensarás que estás más loco que antes, lo que ya es mucho decir...

La razón por la que yo sobreviví a la peor de las tormentas en el océano y a la caída del árbol gigante sobre mi cuerpo es porque yo soy... ¿Me estás escuchando bien...? ¡Quiero estar seguro...!

**JUAN:** Sí..., sí, te escucho...

**DIOS:** ¡Mejor siéntate, temo que te desmayes...! Decía, la razón de mi milagrosa sobrevivencia es porque yo soy... No estoy seguro de si sé cómo decírtelo...! Juan, yo soy... ¡Dios...!

**JUAN:** ¿DIOS? Rogelio, yo te dije que estaba loco de remate. ¡Y ahora pienso que tú también lo estás! No eres más que uno de los tantos pacientes psicóticos que creen que son Dios. ¡Los hospitales psiquiátricos están saturados de casos similares...!

**DIOS:** Si fuera como tú dices: ¿cómo explicas que la tormenta en el océano y el peso del árbol sobre mi cuerpo no me causaron ningún daño...? Es obvio que necesitas pruebas adicionales para creer lo que te digo. Y no culpo tu incrédula reacción. En realidad, es muy normal. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurriría que Dios pudiera presentarse en su vida de esta manera?

Déjame explicarte. Siéntate, relájate lo mejor que puedas y escucha muy atentamente:

Yo soy el Creador y decidí adoptar la imagen de hombre para visitar la Tierra y tratar con seres humanos de una manera directa

y más personal. ¡No es lo mismo ver a la gente desde arriba que observarlas al mismo nivel, a la misma altura!

El problema que tú tienes ahora es que no crees lo que te digo, pero acuérdate, ya has observado fenómenos increíbles. Ve sumando los hechos de los que serás testigo. Espero que en algún momento llegues a la conclusión de que sí, en verdad estás compartiendo este período de tu vida con Dios.

Ahora, quiero que tu trato hacia mí no sea de hombre a Dios, sino de hombre a hombre. Así lo deseo. Tienes la libertad de actuar y hablarme como lo harías con un amigo, un íntimo amigo, de esos que uno tiene excepcionalmente en el curso de la vida. Te pido, por favor, que actúes de esa manera. Y te ruego, no me llames Dios. Recuerda, para ti soy Rogelio.

Como presumo que tus dudas aún persisten, pídemelo algo insólito para que yo lo ejecute.

**JUAN:** ¡No sé qué pedir! ¡Tengo un bloqueo mental...!

**DIOS:** ¡Trata...!

**JUAN:** ¡No puedo, Rogelio, no puedo...! Me siento imbécil. ¡No entiendo nada de nada! ¡Debo estar soñando y si así fuera, nunca tuve un sueño que pareciera más real!

**DIOS:** ¡Trata, Juan, inténtalo, por favor, pídemelo algo!

**JUAN:** ¿Puede ser algo ridículo...?

**DIOS:** ¡Sí, naturalmente! ¡Quizá, cuanto más ridículo, mejor...!

**JUAN:** Bueno, haz que lluevan 100 billetes de un dólar en esta habitación...

En pocos segundos, Juan vio los billetes aterrizando en el piso...

**JUAN:** Esto es lo más increíble que he visto en mi vida. Si estoy psicótico, tendré que vivir mi locura. ¡Al parecer no puedo remediarla...!

**DIOS:** ¿Qué te pareció la experiencia?

**JUAN:** ¡INSÓLITA! ¡Si hubiera sabido que mi deseo se cumpliría tan eficientemente, habría pedido que llovieran billetes de 100 y no de un dólar...!

**DIOS:** ¡Pídeme algo más...! Vamos, ánimo...!

**JUAN:** ... A la entrada de esta casa hay un auto. Ya que insistís: ¿puedes transformarlo en un Mercedes Benz, último modelo?

**DIOS:** ¡Vete a verlo ya mismo...!

Juan sale de la casa y nota el cambio.

**DIOS:** ¿Estás convencido ahora? ¿Quieres que produzca más evidencias?

**JUAN:** No, no, no hace falta. Con las experiencias milagrosas que he vivido, hay una de cuatro posibilidades: ¡o estoy mentalmente enfermo, o viviendo un sueño maravilloso, o eres un ilusionista excepcional o lo que me cuesta más aceptar, es que eres, en verdad, Dios...!

**DIOS:** Apuesta a que soy Dios, Juan, no te arrepentirás, y ya tendrás la oportunidad de comprobarlo. Ahora bien: ¡si tú piensas que no puedes aceptar o vivir con esta situación, dímelo, te dejaré tranquilo y no te molestaré más...!

**JUAN:** Seguiré tu consejo. Decidí apostar que Rogelio es Dios. ¡Me parece la solución más viable! Seré sincero... Tengo un bodrio en mi cabeza que no tiene nombre...

**DIOS:** ¡Ya pasará, Juan, ya pasará...! Ahora, vamos a acostarnos. ¡Ha sido un día muy accidentado y agobiador para vos!

**JUAN:** Sí, es verdad... Estoy exhausto... He decidido seguir tus consejos, esté con todos mis cables cruzados o no...